

# PROTESTANTES

Y **Por Enrique Miret Magdalena**

# CATOLICOS

UN día que visitaba yo en España a un dirigente adventista del Séptimo Día, me confirmaba más y más en la idea que es un grave error no admitir la doctrina más tradicional dentro del catolicismo: el respeto a la conciencia de los demás.

Era este adventista una persona pacífica, entre dos edades, antiguo maestro nacional y buen padre de familia. Con gran sorpresa por mi parte vi que usaba la traducción católica de la Biblia hecha de los originales por don Eloiño Nícar y el P. Alberto Colunga, O. P.

Su biblioteca sencilla no iba mucho más allá de los textos usuales en su denominación religiosa: *El gran movimiento adventista*, de la señora Howell; *El camino a Cristo*, de la señora White, y *El conflicto de los siglos*, de su marido, señor White, uno de los fundadores del adventismo. A esto se añadan algunos libros anticuados, entre los que se hallaba un comentario a la Sagrada Escritura de hace cincuenta años.

De los actuales teólogos protestantes: Oscar Cullman, Karl Barth, Emil Brunner, Rudolf Bultmann, Roger Mehl y Hans Asmussen, apenas conocía nada. Sin duda, no le interesaba el trabajo por ellos realizado. Le bastaba alimentarse, en su espíritu sencillo, de las doctrinas adventistas. La esperanza en el «advenimiento de Cristo», que durará mil años y tras el cual se transformará el mundo en un paraíso, como premio a los santos por su fidelidad a la Biblia, al reposo de los sábados (no de los domingos), a su abstención de tabaco y bebidas alcohólicas, a su bautismo por inmersión y a ser enemigo de algunas doctrinas católicas, como el Pontificado, la confesión y el descanso dominical.

No podemos por menos de acordarnos que, en Europa, hasta hace unos años que comenzó la ofensiva de las sectas, apenas tenían predicamento estos grupos protestantes. Estaban en auge los tradicionales luteranos de Alemania y Países Escandinavos, con sus doctrinas pastorales, sacadas del fogoso Martín Lutero, y con su liturgia de tradición católica (obispos, cena conmemorativa de la del Señor, algunos sacramentos); y los severos calvinistas de Holanda y Suiza, que reducen al mínimo sus expresiones exteriores del culto religioso, y mantienen una rigurosa lucha contra la devoción a la Virgen y las imágenes religiosas.

Hoy es distinto. Algunos, fatigados por la frialdad protestante, van por el camino de estos entusiastas y apasionados seguidores de sectas, que les suministran pábulo sencillo para sus cansadas almas europeas, complicadas y llenas de escepticismo. Pero esto es un ingenuo autoengaño.

Para estos seguidores de «sectas» están muy lejos los días de Lutero, en que su vehemente temperamento le hizo ponerse en pugna con la estructura eclesial de su tiempo y convertirse en el principal factor de la herejía protestante. ¡Qué lástima que no tuviera más serenidad y hubiera hecho la reforma no desde fuera de la Iglesia, sino dentro de ella! «Lutero es una personalidad religiosa de gran profundidad vivencial y de gran dinamismo... Lutero aparece como una de las grandes figuras del Renacimiento» (padre Richter). El teólogo católico Karl Adam llega a afirmar: «Lutero pensaba todavía en católico en muchas cuestiones, y los que suprimieron de su doctrina estos elementos fueron los teólogos luteranos», y en una ocasión llegó a decir: «puedo equivocarme, pero nunca seré un hereje».

La razón es que él quería sentirse unido a la Iglesia, luchando contra los abusos reales, o pretendidos, de su tiempo, pero le faltó medida y equilibrio para hacer su obra realmente desde dentro de la misma y no desde fuera, como lo evidenció la postura de sus seguidores.

Como detalles curiosos hay que recordar que el fundador del protestantismo siempre fue devoto de la confesión, practicándola corrientemente; y a la Virgen la honraba todos los días. Cosas que no hicieron sus seguidores.

\*\*\*

Hay en este momento una corriente «ecumenista» dentro del protestantismo, alabada por la Iglesia Católica, que está haciendo un esfuerzo de comprensión de la doctrina católica, desde el punto de vista protestante.

El primer paso fue dado por el anglicano Lord Halifax hace cuarenta años, estableciendo contacto con el famoso cardenal Mercier. En aquella época se llevaron a cabo diversas conversaciones en Malinas, que no tuvieron éxito, desgraciadamente.

Posteriormente ha habido gestos muy significativos, entre los que se cuentan principalmente los de los teólogos Baumann, Asmussen y Thurian.

Richard Baumann es un pastor protestante que fue a Roma el año 1950 en peregrinación por el Año Santo. El 16 de enero salía de Friburgo de Brisgovia en tren con una peregrinación católica. En su viaje de incógnito (a nadie dijo que era pastor protestante) hizo un esfuerzo por entender, desde el punto de vista luterano, todas las costumbres y ceremonias católicas que veía. El resultado lo cuenta en un libro apasionante por su sinceridad, *Peregrinación a Roma*, que le valió ser expulsado de sus funciones pastorales. En él acepta, entre otras cosas, el purgatorio, las oraciones a los santos y el primado de San Pedro y sus sucesores.

Asmussen sigue una línea análoga, aunque menos concisiva. No obstante, confiesa: «Los protestantes sufrimos no poco de estar separados de los católicos». Y echa en cara al protestantismo «la confusión que en él existe, pues necesita urgentemente la unión». Para ello pone una condición, que el Papa actual ha resuelto con su famoso discurso a la Curia Romana. Se pregunta el teólogo luterano así acaso la Iglesia Católica no se ha dejado ir demasiado lejos en la centralización y esta centralización no se ha convertido en un medio de intimidación.

Aunque todas estas posturas son interesantes y alentadoras, ninguna de ellas me parece tan importante como la del monje protestante Max Thurian. Este teólogo

pertenece a la comunidad religiosa calvinista de Taizé, en Francia. Cerca de Suiza existe este pequeño y sencillo monasterio que intenta ser un centro «ecumenista». En la cripta de su iglesia se inauguró hace poco una capilla católica, que bendijo el obispo de la diócesis. Así se unirán moralmente católicos y protestantes ante Dios, en un afán de resolver la separación dolorosa de cuatro siglos.

Max Thurian ha escrito, entre otros, tres libros significativos: uno sobre la Eucaristía, otro sobre la Confesión y el tercero sobre la Unidad visible de los cristianos. En ellos intenta casi un imposible: acercar la doctrina de Calvino a la doctrina de la Iglesia Católica. ¿Lo consigue? Yo creo que, en buena parte, sí.

\*\*\*

A esto se unen otros muchos detalles: la presencia de observadores protestantes en el Concilio, entre ellos uno de los mejores especialistas en Sagrada Escritura, el profesor de Basilea, Oscar Cullman, que ha demostrado, contra lo que afirman la mayoría de sus colegas protestantes, que San Pedro tuvo la primacía de autoridad entre los doce apóstoles. Las recientes declaraciones tan favorables a la Iglesia Católica, del Consejo Mundial de las Iglesias Cristianas, que abarca representantes de los principales grupos protestantes y ortodoxos del mundo entero (201 grupos se hallan representados). El hecho de que los obispos católicos de Ceilán han autorizado una versión conjunta, preparada en colaboración con los dirigentes protestantes, de la Sagrada Escritura, acontecimiento que se da por primera vez en la historia de la Iglesia. Y la preparación de un comentario de la Biblia, realizado en común por especialistas católicos y protestantes, dirigido por el profesor Albright en Baltimore (U. S. A.).

Este clima de convivencia para buscar la unidad, creado por Juan XXIII, se ha evidenciado con toda su fuerza en este año 1963, entre ambas sesiones del Concilio.

El arzobispo de Atlanta dirigió la palabra en una reunión del Congreso Metodista Mundial (que representa a 20 millones de adeptos), diciendo: «para un arzobispo de la Iglesia Católica es seguramente un signo de nuestros tiempos el venir ante una Asamblea de metodistas... Somos testigos de... un nuevo período en la historia de la Iglesia... Un nuevo espíritu católico es evidente hoy... No es un espíritu de separación o de repulsión, aunque tampoco sea, ni mucho menos, de compromiso con otras creencias».

Así, con esta sinceridad es como hay que hablar: espíritu de comprensión, pero espíritu también de leal franqueza para reconocer que «el camino hacia la completa unidad será largo» (cardenal Léger). Pero no porque sea largo hay que dejarlo «entramente a Dios, sino que tenemos que buscarlo nosotros mismos con toda nuestra fuerza» (cardenal Léger).

\*\*\*

Nada haremos en esta línea de tendencia a la unión de los cristianos si no dejamos a un lado las posturas poco respetuosas de la libertad de los demás. El cardenal Bea, cuya figura e ingente labor cada vez se realzará más en la Iglesia, afirmó a principios de este año: «otra derivación del mal entendido amor a la religión han sido las dolorosas guerras de religión... olvidando un aspecto tan básico del amor a la verdad, que es la libertad del hombre». Y continuaba en su trascendental discurso: «esta libertad significa el derecho del hombre a decidir de su propio destino libremente, según la propia conciencia. De esta libertad nace el deber y el derecho del hombre a seguir la propia conciencia, a cuyo deber y derecho corresponde el deber del individuo y de la sociedad a respetar esta libertad y autodeterminación». Y saliendo al paso de una posible objeción, muy utilizada en los medios católicos, dijo: «a quien quisiera objetar aquí que el error no tiene derecho a existir, bastará con contestarle que el error es algo abstracto y, por tanto, no es sujeto de derechos, pero sí lo es el hombre, aunque se equivoque inevitablemente, es decir, sin poder corregirse el mismo de su error. El tiene el deber y el derecho, por lo tanto, de seguir su conciencia y, en consecuencia, también el derecho de que su independencia sea respetada por todos».

Cuando se hizo público este discurso del Cardenal produjo sensación. Esta doctrina no pareció a algunos en consonancia con las enseñanzas pontificias, pero pocos meses más tarde el Papa Juan XXIII se encargó de tranquilizar a los que pensaban como el cardenal Bea. En su encíclica «Pacem in terris» casi tomaba con las mismas palabras alguno de los párrafos de este discurso cardinalicio.

Eso no era sino continuar la corriente que había empezado con Pío XI, al publicar su hombre de confianza, el padre Yves de la Briere, S. J., su trabajo sobre la libertad religiosa en lo civil. O los más recientes documentos del obispo de Friburgo, Lausana y Ginebra, monseñor Charrierre (uno de los obispos de mayor confianza de Pablo VI), o el del activo cardenal Lercaro sobre la libertad religiosa, escrito en 1960, otro cardenal de la confianza del Papa actual, que ha sido nombrado para dirigir las sesiones del Concilio con otros tres cardenales.

Cualquier variación deberá hacerse, sin duda, en un país católico, con el consentimiento expreso de la Santa Sede, según decía una alta personalidad española recientemente en la revista *América*, de los jesuitas estadounidenses, quien terminaba afirmando «su filial confianza en la Iglesia y, en particular, en nuestro Santo Padre Pablo VI, para que marque el camino que debemos tomar para que las enseñanzas de la «Pacem in terris» se conviertan en una realidad viva en España».